
CAPITULO XII.

Tierno amor á Dios de Felipe.

YA he dicho desde el principio de esta historia, cuán ferviente era el amor que tenia Felipe á Dios desde sus primeros años; pero desde entónces este fervor fué adquiriendo nuevas creces, y dió lugar á hechos demasiado edificantes para que puedan pasarse en silencio. Muchas veces cuando oraba ó desempeñaba alguna funcion sagrada, se vieron saltar centellas de sus ojos y de su rostro, signo indudable del incendio que le consumia interiormente; y de aquí es que se le veía de ordinario sumamente lánguido, teniendo que echarse muchas veces sobre su lecho, á causa de que sus fuerzas lo abandonaban. Este fuego divino no se agitaba siempre en su pecho con el

mismo ardor; pero cuando llegaba á inflamarse, apenas era dueño Felipe de sí mismo. Entónces era cuando exclamaba con el Apóstol "*Cupio dissolvi et esse cum Christo*: deseo morir para unirme á Jesucristo." Aun andando por las calles se le escapaba el *Cupio*; pero avisado por su humildad, tenia que hacerse violencia para no decir lo demas.

Ignacio Festino, religioso Dominicó que habia sido su discípulo, atestiguó haberlo visto muchas veces casi fuera de sentidos, en tal estado de consolacion, que pudo muy bien decir con el mismo Apóstol: "Rebozo de alegria: *Superabundo gaudio*," ó con San Efren: "Detened Señor las ondas impetuosas de vuestra gracia, y retiraos de mí, porque no puedo soportar tal torrente de dulzura." Si entraba en algun templo, su amor se abrasaba de tal manera, que tenia que apresurarse á huir, despues de una corta genufleccion, para no dar á los presentes el espectáculo de un éxtasis. Llegó al extremo de no poder orar, sin ser arrebatado. Apenas se arrodillaba y levantaba los ojos al cielo, cuando se encontraba fuera de sus sentidos, absorto en la inmensidad divina, en donde descubria las mas altas verdades y gustaba de inefables dulzuras. No era esto, sin embargo, lo que él buscaba en la oracion. Todo su deseo era amar á Dios por Dios, y se quejaba de estas delicias celestiales, las que hubiera querido no sentir.

Su amor hácia Jesucristo, en el adorable Sacramento del Altar, era incomparable. Desde jó-

ven comulgaba diariamente, elevado al subdiacnado, no podia tocar un cáliz sin estremecerse de alegría, no se hartaba de besarlo y de llenarle de sus mas tiernas caricias. Ya sacerdote, no dejó pasar un dia sin celebrar, á no ser que se lo impidiesen sus enfermedades. Siendo ya anciano, solicitó y obtuvo del Sumo Pontífice la gracia de tener al Santísimo Sacramento, en un gabinete cuya puerta comunicaba á su cuarto: luego que se le habia dado la comunión, se cubria el rostro con un lienzo, para no distraerse con los objetos exteriores, y bebia á grandes tragos en la fuente infinita de las delicias celestiales.

En 1577, padeció una enfermedad tan gráve, que los médicos llegaron á desesperar de su vida. Recordó una noche á la hora en que las campanas llamaban á maitines en los monasterios, y ellas despertaron su deseo de la comunión, el que le obligó á decir á los que le cuidaban: "Tengo hambre de mi Dios, por vida vuestra traedmele." Tarugi, que se hallaba allí, hizo señal á los demas que no le respondiesen. Temia que la abundancia de sus lágrimas, y la vehemencia de su amor, le quitasen completamente el sueño, y que la privacion de éste, acabase con su vida ya tan débil y estenuada. Felipe adivinó su pensamiento, y haciéndole acercar á su cama, le dijo: "Es tal el deseo que tengo de recibir á nuestro Señor, que sin satisfacerlo no me será posible dormir; traedmele que yo os prometo tomar el sueño lue-

go que haya comulgado." En efecto, se quedó dormido poco despues de haber tomado este divino alimento; y á la mañana siguiente se encontró ya en estado de convalecencia. Otra noche le trajo Antonio Gallonio el adorable Sacramento, y mientras que pronunciaba, acaso con suma lentitud, las palabras preparatorias, no pudiendo contenerse el santo enfermo, le dijo. "Antonio ¿por qué deteneis á mi Señor en vuestros dedos, en vez de apaciguar la hambre que me devora?" Profundamente enternecido y deshecho en lágrimas Antonio, se apresuró á satisfacer su deseo.

De muy diversa manera sucedia cuando ofrecia el tremendo sacrificio, y no puede darse una idea de lo fervoroso de su amor en tales ocasiones. Así, pues, mientras que los demas sacerdotes, en semejante caso, tienen tanto trabajo para conservarse atentos á lo que hacen; él por el contrario, buscaba como distraerse, temeroso de un éxtasis que le impidiera concluir el santo sacrificio. Sin embargo, por mas que hacia, el amor divino acababa por triunfar de su resistencia. Porque ó bien perdía la voz y se veía obligado á detenerse, ó bien experimentaba un estremecimiento impetuoso que hacia temblar todo el altar; ó bien permanecia inmóvil y fuera de sentido: y en tales circunstancias era indispensable tirarle de los paramentos, para llamarle sobre sí y decirle en qué parte de la misa estaba á fin de que pudiese acabar. Por este motivo no le agradaba celebrar pú-

blicamente; y cuando no podia dispensarse de hacerlo, tomaba un ayudante, iniciado en su secreto, y le recomendaba que cuidase de prestarle estos servicios. Los asistentes echaban muy bien de ver estos accidentes singulares; pero este espectáculo en vez de servirles de incomodidad, los edificaba hasta el punto de moverlos á llorar.

Ordinariamente en el ofertorio comenzaban, si puedo hablar de esta manera, los arrebatos de su amor. Entónces su corazon rebozaba de alegría, y se agitaban de tal manera todos sus miembros, que le era indispensable tomar grandes precauciones, tanto para no derramar el vino al preparar el cáliz, como para conservarlo en él durante el sacrificio. Sin embargo, no aconteció jamás accidente alguno, lo que puede atribuirse á milagro, porque regularmente ponía mucho vino, y su cáliz era muy pequeño. Cuando elevaba la sagrada hóstia para hacerla adorar del pueblo, sentiezaban sus brazos de tal modo, que le costaba gran trabajo bajarlos; motivo por el que hacia este movimiento con grande celeridad. De igual prontitud usaba al comulgar, para librarse de los éxtasis, que sin esta precaucion le eran inevitables. Resultaba de aquí el inconveniente de abreviar la visita de Jesucristo en su alma; pero él procuraba evitarlo, escogiendo las hóstias mas gruesas que encontraba.

Despues de tomar el precioso sánguís, olvidando sus precauciones, ó no creyendolas ya necesarias,

contentaba su santa ansia, chupando indefinidamente las gotas que habian quedado pegadas en los bordes del cáliz, el que oprimia tan fuertemente con sus lábios y aun con los dientes, que al cabo de cierto tiempo llegó á gastarlo considerablemente. Para que no se le distrajese de este santo deleite, y ocultar al mismo tiempo la alegría con que brillaba su semblante, cuidaba de prevenir al que le ayudaba no le llevase la ablucion, hasta que él se la pidiese. Ordinariamente celebraba en el altar principal, para que su distancia del pueblo impidiese que este observase los extraordinarios efectos que se obraban en él. Si se encontraba con alguno, al salir de la iglesia, despues de dar gracias, no le echaba de ver, porque su espíritu estaba completamente absorto en Dios; y no podia dejarse de notar en la palidez de su rostro y en lo embarazoso de sus pasos, que le costaba sumo trabajo usar de sus sentidos. Esto dió motivo á que solicitasen y obtuviesen los padres de su congregacion, del papa Gregorio XIV, que pudiese celebrar en una capilla contigua á su cuarto.

Desde entónces pudo Felipe entregarse, y se entregó en efecto, á los transportes de su amor; y sus discípulos se apresuraron á remover cuanto pudiera servirle de abstáculo. He aquí lo que pasaba diariamente mientras decia misa. Luego que consumia, todos los circunstantes salian de la capilla; el ayudante encendia la lámpara, apagaba las velas, para que no fuera á quemarse algu-

na cosa, cerraba las persianas, la puerta de la capilla y tambien la del cuarto que servia de entrada; colgando en élla una tabla en que se leían estas palabras: ¡SILENCIO; EL PADRE DICE MISA!! Dos horas despues, volvía á entrar al cuarto el ayudante y esperaba en él hasta que el repique de una campanilla le anunciaba que ya el santo le llamaba; entónces abria las puertas, volvía á encender las velas, y Felipe acababa sus ceremonias. Lo que pasaba entre Dios y él durante estas largas horas, se ignora completamente. Solo puede decirse que al salir del altar, se le encontraba sumamente débil, pálido, y tan sin fuerzas, que parecia ya que iba á espirar.

Cuando daba la comunión á los fieles, se inflamaba su fervor de tal manera, que todos sus miembros se estremecian. Esto lo observaron muchas personas, que despues dieron testimonio de ello. Al comulgar un dia de mano del santo, la muger de un judío recién convertido, lo mismo que élla, le vió en tal agitacion, que hacia saltar las sagradas formas del copon. Su rostro estaba sumamente encendido, mas poco despues se cubrió de una palidez mortal. Un noble Florentino, vino un dia á oír su misa acompañado del arcediano del patriárca de Alejandría; el Florentino llamado Neri de Nigri, quiso tener el consuelo de comulgar de la propia mano del santo; y he aquí que ésta mano permaneció en el aire, privada de todo movimiento en fuerza de la acción del divino

amor. Fué necesario que Neri la tomase respetuosamente, y la mantuviese con fuerza, hasta que pudo tomar la sagrada forma. Otra vez acercándose á comulgar una religiosa Ursulina, se escapó la hóstia de los dedos del santo, y se mantuvo en el aire á la vista de todos los espectadores.

No parece ciertamente, sino que la Providencia permitia estos acontecimientos prodigiosos para mover á los sacerdotes á celebrar con frecuencia los sagrados misterios, lo que en aquella época hacian rara vez. Comprendia esto muy bien el siervo de Dios, pues no cesaba de exhortarlos á la diaria celebracion. “¿Por qué, decia, se ha de abstener un sacerdote de decir misa? Será tal vez por tener mas tiempo de dormir ó de pasearse. ¡Ah! así se prefieren los deleites de la tierra á los deleites del cielo. Este sí que puede llamarse el error de los errores. Fuera de Dios y lejos de Jesucristo, solo hay falsos placeres y consuelos engañosos.” De aquí resultó que se hiciese mas frecuente el uso de la sagrada comunión. Exigia de sus discípulos que comulgasen todos los Domingos y dias festivos solemnes; y aun los excitaba á hacerlo con mayor frecuencia, cuando su estado interior lo merecia; y este fué uno de los medios mas poderosos que empleó para elevar á tantas almas á una eminente perfeccion. Cuanto á la confesion, se las ordenaba dos veces á la semana, y muchas ocasiones diariamente.

La devoción al santo sacrificio de la misa y á la

sagrada comunión, se hermana demasiado con el misterio de la cruz, para que dejase de atraer á ella á la alma con una fuerza irresistible; y he aquí porque este santo hombre no se cansaba de meditar en la pasión y muerte del Salvador. De aquí aquel vehemente deseo de derramar su sangre por su Dios, y que su Magestad satisfizo en cierto modo; pues todas sus enfermedades fueron acompañadas de un flujo de sangre, la que vertía en tanta abundancia, que creían los que le acompañaban hubiese luego de morir. Refiérese de Santa Lugarda, que padecía el mismo accidente experimentando de tiempo en tiempo la rotura de una vena del pecho que le ocasionaba una considerable pérdida de sangre, que Jesucristo le dijo un día, que esta gracia la debía á su ardiente deseo del martirio. Podía yo también hablar aquí de la devoción de nuestro santo hacia el dulcísimo nombre de Jesús, que nunca pronunciaba sin dar manifiestas señales de la alegría que inundaba su corazón, y podría también estenderme sobre otras muchas cosas, muy propias en verdad, para atestiguar el ardor del fuego divino que abrasaba su alma; pero basta ya lo dicho.



~~~~~

### CAPITULO XIII.

Devoción de Felipe para con la Santísima Virgen y demás Santos.



**F**ELIPE amaba demasiado á Jesús, para que dejase de amar también á su augusta Madre; hablaba de ella incesantemente y la traía en su corazón. “Amad á María, decía en sus sermones; ella es después de Dios, el objeto más digno de amor; confiad en ella, pues es la distribuidora de todos los tesoros del cielo.” Empleaba algunas veces toda la noche en hablar con la Santísima Virgen; y entonces agotaba los términos de la más afectuosa ternura, hasta llegar á llamarla con el cariñoso nombre de mamá, que dan á sus madres los niños. Citémos algunos hechos que nos proporciona su devoción, los que hablarán mejor que cuanto pudiéramos decir.